



PRECIOS DE SUSCRICION.

En Madrid..... 4 rs. al mes.
 En provincias... 5 id.
 En el extranjero y
 Ultramar..... 6 id.

Número suelto Un real.

DIRECTOR PROPIETARIO

TOMAS DE ASEÑSI.

SE PUBLICA LOS DIAS 7, 15, 23 Y 30.

REDACCION Y ADMINISTRACION,
 MADERA BAJA, NÚM. 5 Y 7, TERCERO.

PUNTOS DE SUSCRICION.

En la Administracion del periódico y en las principales librerías de España.

Anuncios á precios convencionales.

ADVERTENCIA

Deseosos, como siempre, de mejorar nuestra publicacion, para corresponder á los muchos favores que el público nos dispensa, y no reparando en los excesivos gastos que esto pueda ocasionarnos, hemos sustituido la viñeta del Sr. D. Eduardo del Solar por otra del acreditado artista D. Mariano Teruel.

APUNTES PARA UN ESTUDIO

SOBRE SHAKSPEARE.

I.

Cuando estudiamos el génio en sus múltiples fases debemos conocer de antemano la raza, el medio, y el momento. Tal piensa Enrique Taine, jefe de la escuela positivista de nobles artes, tomando como principal estos importantes accidentes y eludiendo el estudio de las pasiones y de las ideas dentro de la libre actividad del hombre.

Examinando simultáneamente el medio y la raza, vemos que bajo un cielo oscuro donde las nubes pasan como encapotadas hijas de la atmósfera, hay una tier-

ra rodeada por todas partes de un mar eternamente sombrío; es Inglaterra, ese noble egoismo de los mares. La lluvia gota á gota filtra en las cabañas, el frío en los huesos, las olas chocan con hondo quejido y un sol menguado alumbra en una naturaleza fría, escarchados robles y verdinegras encinas. Ninguna tierra como la de los antiguos sajones predispone tanto á la melancolía; hé aquí porque el pensamiento en estos climas es tan hondamente subjetivo; hé aquí porque, Byron, Poe, y sobre todos Shakspeare, que es el poeta de que nos vamos á ocupar, pertenecen á una misma familia. Allí habitó una raza y como ella sus descendientes actuales, de musculatura poderosa, de ojos azules y blancura marmórea. Acosados por la inclemencia del suelo vivían en la perpétua lucha á que los lanzaba su espíritu guerrero, siendo poco accesibles al amor. Sus alimentos consistían en carne cruda, caliente aun de sangre, y la espumante cerveza que como los antiguos hijos de Odino escanciaban en los cráneos de sus enemigos. Eran belicosos hasta el asesinato. La hija de Yarl viendo á Egil que quiere sentarse á su lado, le rechaza con desden porque no ha visto en todo el otoño el cuervo cerniéndose sobre el campo de batalla. El le toma las manos y la aplaca diciendo: Yo he marchado con mi espada tan ensangrentada, que el

cuervo me ha seguido; con valor combatimos, el fuego se cernía sobre la vivienda de los hombres y todos hemos dormido sobre la sangre de los que velaban á las puertas de la ciudad. Es preciso estudiar este pueblo en toda su rudeza primitiva para comprender que Yago y Gloucester, no son ménos feroces que los Thanes de los Siete Reinos.

En aquella época presidía en sus cantos la espontaneidad, y no obedecían á un plan preconcebido como las canciones de *gesta*, de los pueblos del mediodía de Europa; metáforas torturadas dentro de un metro rudo y conciso, imágenes lanzadas al acaso; grandes masas de pensamientos sobre un objeto determinado para producir lo sublime, como grandes masas de ejército sobre un punto estratégico para producir la victoria: hé aquí la expresion de sus poemas; hé aquí también el lenguaje de las creaciones de Shakspeare, reflejo del espíritu de su pueblo.

Sus pensamientos lúgubres; la perpétua concentracion del alma sobre sí misma y las tristezas del clima despertaban en los pueblos bretones el sentimiento del más allá. Así es que al asomar el cristianismo trayendo la unidad de Dios, abandonaron sus dioses con facilidad y abrazaron con ardor la nueva fé. El sacerdote de los Nortumbros declara ante los nobles, que las antiguas deidades habian muerto, y derriba los ídolos con su espada y uno de los jefes se levanta y dice:

«Acaso recuerdas ó ¡rey! lo que vemos en los días de invierno cuando te sientas á tu mesa con tus condes y tus tanes: tu hogar está encendido y tu sala caliente mientras que afuera hay lluvia y tempestad y nieve. Entonces un pajarillo atraviesa tus salones; ha entrado por una puerta y ha salido por la otra; este corto instante en que ha permanecido dentro, le es agradable, no siente ni la lluvia ni las inclemencias del tiempo; pero este instante es tan breve, que el pájaro huye en un abrir y cerrar de ojos, y del invierno vuelve á pasar al invierno. Tal nos parece la vida del hombre, la tierra en comparacion del tiempo incierto que está más allá. Aparece por breves instantes ¿pero cuál es el tiempo que ha pasado y el tiempo que vendrá? No lo sabemos: si esta nueva doctrina puede enseñarnos algo más seguro, bien merece que la sigamos.»

¿Quién no cree asistir en esta escena primitiva al gran monólogo de Hamlet, en que se plantea el problema más terrible del espíritu humano, qué somos, de dónde venimos y á dónde vamos? Shakspeare por la índole de su genio es hijo de la Edad Media; por la época en que nació, es hijo de los siglos del renacimiento. Jano de la inteligencia, hunde una frente, entre las sombras del mundo gótico feudal, y con la otra mira hácia los días luminosos del porvenir.

II.

Recordando el momento en que se produjo el poeta, le vemos nacer entre dos acontecimientos que abrazan toda la vida moderna: nació entre una revolucion religiosa iniciada por Enrique VIII y una revolucion política acabada en Carlos I. En España Felipe II presidía

los destinos de la Europa monárquica; y mientras este rey sombrío detenía la ola religiosa sobre los Pirineos, y centralizaba con el auxilio de Roma su poder político, y conquistaba á América, y sometía á Holanda, allá en la noche de su monacal retiro, la sombra de D. Carlos, rompiendo la losa de su sepulcro, se levantaba á sacudir su frente... Terrible narracion que el interés ha colocado entre los confines de la leyenda y de la historia!

En Francia el poeta pudo escuchar en su niñez el sonido de aquella campana del asesinato, en que á una misma hora perecieron los indefensos hugonotes; horrible carnicería que atrayendo las maldiciones de la conciencia universal, nos enseña que á la puerta de todos los extremos está sentado el fanatismo; expresion dolorosa de una época que pasaba de un mundo muerto á otro, en el cual no podía rejuvenecer. En los Países Bajos la sombría espada de Alba levantaba pirámides de cráneos y fecundaba el pantanoso suelo de la Flandes con la sangre de Berghen y de Egmont. En Inglaterra una mujer, fugitiva, prisionera en vano se confia á las perezosas ondas del Támesis: su blanco cuello se refleja sobre las oscuras aguas y su mirada busca más libres horizontes; pero en vano, que el hacha brillante del verdugo convertirá su cuerpo en roja flor de sangre, y María Estuardo caerá á los piés de Isabel de Tudor. En Italia tenia lugar uno de los episodios de aquella época que hace del crimen una galantería, que poetiza el veneno y santifica el incesto. Cenci, uno de los monstruos que á modo de los Borgias abortara el renacimiento pagano, requiere torpemente de amor á su hija Beatriz, hermosa y angélica como la sonada de Alighieri: resiste varonilmente la jéven; los miembros de su familia dan muerte al malvado, á pesar de la súplica de la inocente hija, y ella, acusada ante la autoridad papal, sube al patíbulo como un perfume de amor y de martirio que desagravia al cielo.

En tan dramático siglo el verbo de Inglaterra, se hizo Shakspeare.

III.

En Grecia, plantel de todas las armonías, nació el teatro como Minerva del cerebro de Zeus, atravesando por tres períodos de desenvolvimiento.

En Esquilo fué el símbolo de la edad divina.

En Sófocles la expresion de la edad heroica,

En Eurípides y en Aristófanes la personificación de la edad humana.

Y nacen, aunque sin deslinde todavía, la tragedia, el drama y la comedia.

La tragedia se desenvuelve en las cumbres inaccesibles del espíritu.

El drama en el corazón.

La comedia en el vientre, como la Anacreóntica.

En la tragedia, canta Esquilo las fuerzas vivas de la naturaleza; sus personajes son dioses, volcanes y montañas; es el mundo homérico dialogado.

Sófocles cantó las eternas colisiones del entendimiento, la fantasía y el corazón, la lucha entre lo que

no existe, pero que puede existir, y lo rigurosamente verdadero.

Aristófanes, como Beaumarchais en nuestros dias, cantó los caprichosos devaneos del amor y del vino, el sarcasmo y la burla de lo noble y lo bueno; ambos envenenaron los dias de Sócrates y Luis XVI.

Entre Esquilo y Shakspeare no hay paralelo, por más que lo haya entre el Orestes del primero y el Hamlet del segundo. Sófocles es sin duda el poeta más semejante al genio de Stradford.

Shakspeare con la palabra, Rivera con el color y Meyerbeer con el sonido han escrito en páginas inmortales el poema de la sombra: son tres rayos de luz bajando á la cámara oscura del corazon humano.

Estudiemos al poeta objetivamente, es decir, en sus obras. Los que están dotados de un espíritu analítico; los que se ruborizan de un galicismo y se asustan de un pensamiento atrevido, solo ven en el Diabolo-Mundo un poema sin piés ni cabeza, y en el Fausto una calentura de la soberbia. No obstante, Shakspeare convencido de que la libre fantasía es un razonamiento alado, aglomera imágenes sobre imágenes, atropella los pensamientos, tortura las ideas, y un rugido final sintetiza y condensa lo sublime, produciendo lo verdadero y lo bello. ¿Qué es lo que he hecho? dice la reina á su hijo el príncipe Hamlet.

«Una accion que hiere la gracia y el rubor de la modestia, que arrebató la rosa de las hermosas sienes del inocente amor, dejando en ella una úlcera; arranca el alma del cuerpo de los contratos y hace de la dulce religion una rapsodia de frases. La luz del cielo se inflama de vergüenza y este globo sólido, esta masa compacta, con el rostro sombrío como en el dia del juicio final, se halla enfermo tan solo de pensar en ello.»

El huracan de la pasion lo arrastra; es la bola de nieve que nace en la cima, crece en los declives y rueda con estrépito al valle; es el caballo de Mazepa en el cual va atado el lector de piés y manos; es el torrente que no podemos detener, porque nosotros pensamos en detalle y él abarca con síntesis poderosa el conjunto, y luego nos lo arroja á pedazos como un parto laborioso para que nosotros reconstruyamos en nuestro interior el edificio de su idea. Tal es su estilo.

Apenas podemos leer los poetas del siglo de Luis XIV. Sus personajes tirados á cordel; sus escenas en las que aparece que nada sobra ni nada falta; sus no interrumpidas unidades de lugar y tiempo; sus declaraciones de amor interminables; sus héroes grandiosamente charlatanes nos producen el sueño y el cansancio; pero Shakspeare toma el hombre tal como la naturaleza se lo entrega, con sus delicadezas y sus deformidades, con sus caprichos y sus extravagancias. La razon debe mandar en la naturaleza; pero Shakspeare la pinta en toda su rebeldía; por eso Emilia le dice á Yago: Un mendigo ébrio no lanzaria peores injurias á su concubina: porque en la escena de su teatro se habla exactamente el lenguaje de la vida real: en ella los verdugos pasean las cabezas de sus víctimas: Cornuailles saca los ojos al anciano duque de Gloucester; pero en medio de tan grosera naturalidad surgen, redimiendo

á Shakspeare, la enamorada Julieta, como la Casta Diva en medio de la noche y Ofelia junto á Hamlet, como un lirio creciendo sobre una tumba.

Los personajes cómicos de Shakspeare, no se producen con la gracia espontánea, inimitable del que naturalmente la posee, sino en virtud de la inventiva poderosa del artista, de los esfuerzos de la paradoja y de los excesos de la imaginacion ampulosa que derrocha y amontona sus imágenes. Tales son Mercurio, Beatriz y Falstaff.

MIGUEL SANCHEZ PESQUERA.

(Se continuará.)

TRES DONES.

—Duerme la niña una á una
horas desueño profundo,
mientras se mece en su cuna
sobre el abismo del mundo.

Indecisa
vaga en sus labios de rosa
blanda risa.
¿Quién vela con su presencia
la paz de su frente hermosa?
—La inocencia.

—¿Por qué tu faz juvenil
tíñe con suave pincel
la púrpura con que abril
pinta el boton del clavel?
Bello encanto,
¿por qué bajas esos ojos
que amo tanto?
¿Será desdén?... ¿Será amor?...
¿Vanidad?... ¿Tristeza?... ¿Enojos?...
—Es pudor.

—Ya eres madre ¡oh dulce instante!
—Madre soy... ¡dicha anhelada!
¿Qué ignoras?

—Ya sé bastante.
¿Qué temes?

—No temo nada.
—Piensa un poco
—Frágil soy y el mundo es vano...
—Vano y loco.
—Mas no me causa inquietud.
—¿Quién te tendrá de su mano?
—La virtud.

JOSÉ SELGAS.

Á UNA CAMELIA

Á LA CONDESA DE L....

Prisionera en la estufa, desplegando
su luz hermosa y sus purpúreas hojas

al aire tibio, perezoso y blando;
velada en el dosel de los cristales
como esas pobres mariposas muertas,
fingidas entre flores virginales
bajo la bomba del fanal cubiertas.
Ni amorosa ni esquivo,
pero llorando en su prision oscura,
me recordaba la gentil cautiva
que al blando son del aura fugitiva
lamenta su perpétua desventura.

La flor, á la que trémulo bañaba
un apacible y moribundo rayo
del sol, que tras las cumbres se alejaba,
sola, y sumida en lánguido desmayo
así de sus angustias se quejaba:
«Allá en el prado y en la selva umbría,
de alegre juventud haciendo alarde,
cantan las flores al nacer el día,
gimen de amor al espirar la tarde,
las cubre amante el pabellon del cielo,
agenas viven á dolientes cuitas
y con ellas el lánguido arroyuelo
tiene en la noche misteriosas citas.
Yo bajo el peso del dolor me abrumo;
nadie escucha mis quejas silenciosas,
y encerrada en mi cárcel me consumo
sin sol, sin libertad... sin mariposas.

Llena de virginal melancolía
la prisionera su dolor murmura;
pero la flor incauta no sabía
que á la noche envidiando su ventura
mi suerte por la suya trocaría.

Lo demás de la historia no interesa.
¡Fué un lance peregrino!
Puesto que sabes ya, gentil condesa,
que murió, bendiciendo su destino,
entre la red de tus cabellos presa.

ANTONIO F. GRILLO.

DEL NATURAL.

El entierro de un prócer avanzaba
de brillante cortejo acompañado,
(última vanidad de vanidades,
postrer tributo del orgullo humano!)
Y un soldado, formado en la carrera,
quedóse al ver aquello murmurando:
«Cuando muere un soldado en el combate
le entierran en el fondo de un barranco (1).»

LUIS ALFONSO.

UNA CITA.

I.

No me gusta el monótono espectáculo que ofrece á nuestros ojos constantemente la vieja naturaleza: hojas secas movidas en otoño por un viento desapacible, pomposas galas y serenos días en la primavera, tormentoso cielo triste y frío en el árido invierno; ardientes noches coronadas de innumerables estrellas en estío... Todo esto me cansa y me aburre.

Agrádame el tumultuoso ruido de las ciudades populosas; en los campos parece que se respira más cerca del cielo: créese el hombre hundido en los más recónditos abismos de la tierra, y yo amo vivamente el seno de esta mi cariñosa madre, que con los brazos abiertos me espera, ofreciéndome lecho en que dormir el último y más sosegado sueño. En el campo, á la luz del día, reemplazan las tinieblas de la callada noche; en las ciudades, el gas sustituye al sol; allí todo es siempre lo mismo, y lo que vemos hoy con pocas variaciones es lo que vimos ayer. Cuando se forma la tormenta, el mejor de sus espectáculos, siempre el trueno ruje de la misma fastidiosa manera; un cárdeno relámpago sucede á otro relámpago, pesadas nubes cruzan lentamente el tendido espacio, y siempre se escucha el eterno rumor de torrentes que se derrumban, de ríos que se desbordan, de aves que se guarecen de la tempestad, de árboles que parece se quejan, y á lo lejos, por complemento, el monótono cantar de un aburrido aldeano.

A mí me agrada la soledad dentro de la multitud, que solo se encuentra en las grandes ciudades: en ellas se vive la vida del espíritu. A menudo cruzan por vuestro lado almas borrascosas, que, como sombrías nubes, no saben á dónde se dirigen, ni dónde lanzarán el rayo de una tormenta más grande que las de la naturaleza, hállanse frente á frente, con singular frecuencia, un hermoso rostro iluminado por todos los sueños, y un frío semblante corroido por todos los desengaños: oyense aquí metálicos sonidos, denunciadores de conciencias que se venden, de honras vencidas que se entregan: mézclanse allá ayes de muerte con suspiros de ventura, los sollozos de la miseria con los acentos de la cercana orgía; los acordes de alegre música con los secos golpes de los ataúdes al caer en las olvidadas sepulturas; los primeros vagidos del niño con los últimos gemidos del doliente anciano. En las revueltas travesías encuéntranse la virgen de celestiales ojos y la impúdica ramera, alma enferma, de pálido semblante, ajado como su corazón; el hombre-luz, génio de la humanidad, y el hombre-sombra, cadáver que se mueve, sepulcro que esconde la gangrena social. Es un choque perpétuo de todo lo que nace con todo lo que muere, de todo lo que siente con todo lo que piensa, de todo lo que sufre con todo lo que rie; de lo pequeño con lo grande, de lo finito con lo imperecedero, del cuerpo, animado monton de escoria, con el alma, llamarada eterna de Dios.

En medio de tanta corrupcion, de tan perenne oscu-

(1) Textual.

ridad vive el génio, confundido entre aquella multitud como la gota de agua en los mares, como el grano de arena en los desiertos; su cerebro vá inundado de luz, invisible para los torpes ojos del profano que con él se codea; mas no se pierde, no logra formar parte de aquellas oleadas de las humanas frentes, que bullen y se agitan como las de los mares impelidas por contrarios vientos; todo vive bajo el nivel de su mirada, porque el ancho mundo con sus soberbias cúpulas, sus torres gigantescas y sus altísimas montañas, no llega á la altura de su pensamiento: y en torno suyo, como agrupados átomos del bien, giran las virtudes, cuya luz propia no ve la humanidad, porque todas las luces se dirigen al cielo, y todos los ojos se inclinan á la tierra.

¡Ah! De seguro si en mitad de la noche contempláramos nuestro opaco globo desde un sitio lejano del espacio, veríamos brillar en la tierra luminosos puntos.

Otro de mis antiguos placeres ha sido, desde mi infancia, visitar los cementerios: al penetrar en su recinto he creído siempre atravesar las puertas de una extraña existencia, porque indudablemente allí vive algo: mi alma, apasionada de todos los contrastes, ha encontrado en ellos no sé qué interior deseo de calma, por lo que me han parecido oasis de la vida, y al divisar sus solitarios muros he creído siempre llegar al término de un penoso viaje. Ellos son posesiones de la nada, trozos de tierra arrebatados á la vida, frios poemas de piedra escritos á la muerte.

II.

No sé si á mis lectores habrá sucedido lo que á mí. En la edad florida, cuando aún estaba mi frente libre de anticipadas arrugas, he soñado despierto con frecuencia, fingiendo en torno mio séres y objetos ideales, lo que no era otra cosa que dar cuerpo á mis juveniles deseos.

En esa dichosa edad en que el mundo arrojaba ante mi paso cuanto ambicionaba mi ya soberbio pensamiento, en que no necesitaba más que cerrar los ojos para arrancar inmortales triunfos en la tribuna, brillantes laureles para mi corona de nacional poeta, grandes victorias, que atando mi carro triunfal á la fortuna, me aclamarán genio de la guerra: en que al entregar mi ánimo al sueño reparador, veía descender hasta mi lecho la misteriosa virgen del amor primero, por medio de una escala luminosa, espíritu inmortal con formas de mujer, bella sobre toda ponderacion, con un dedo de nieve colocado entre sus labios de rosa, como para imponerme silencio para aquel instante y respeto para aquel favor; disputábanse el dominio de mi fantasía lo ideal y lo real, la verdad y los sueños.

Honda amargura, invencible melancolía me dominaban á veces, sobre todo al volver en tales instantes al frio y positivo imperio de la realidad.

Buscaba á veces los sitios más sombríos, las más extraviadas calles; pero esto no inquietaba mi espíritu buscaba á veces los sitios más concurridos y ruidosos para doblar mi tristeza ante la general alegría.

Era el mes de noviembre de 186... Una tarde fria y desapacible paseaba yo por una de las más concurridas calles de la ciudad de C...

De improviso una mirada se fijó en mis ojos, y por ese inesplicable fluido que se comunica de sér á sér, alcé la vista para conocer quién era.

Era una mujer, mejor dicho una niña de diez y ocho años, que al pasar yo salía de un comercio inmediato.

Era alta y esbelta, no sé si rubia ó morena, no podré decir cómo era el traje que aprisionaba tanta hermosura, porque no tuve tiempo para observarlo, pero eso sí, era hermosa: solo reparé sus ojos, que eran grandes, muy grandes, y extraordinariamente negros.

La impresion que me causó fué parecida á la que experimentamos al hallar frente á frente á una persona que creemos reconocer. Me detuve como para saludarla, y ella tambien se detuvo, pero nos contuvimos simultáneamente. Uno y otro conocimos nuestra equivocacion al mismo tiempo. Volví á dejarle paso, y ella, velando sus ojos como en una nube de indiferencia, cruzó por mi lado, no sin fijar en mí una nueva y espresiva mirada.

Yo no sé qué sentí de extraordinario: sentí rodar los astros por mi cabeza, y mi corazon se arrojó en mi pecho. Cuando alcé los ojos habia desaparecido.

Profundamente pensativo y sin fija direccion seguí andando á la ventura, no explicándome cómo me hacia pensar un accidente de todos los dias, cuando me hallé, sin saber de qué manera, en el estrecho y triste recinto que conduce á la morada de los muertos.

Hondos y sombríos pensamientos me asaltaron entonces, y díme á imaginar estrañas locuras, que siempre han tenido cabida en mi cerebro los más absurdos cuentos, si se han separado del vulgar órden de cosas que nos rodea desde la cuna al sepulcro.

Aquella mujer atravesada en mi camino, y no bien hallada desaparecida tal vez para siempre, mujer cuya historia desconocia, cuyo corazon acaso estaba anegado en llanto de imposibles amores; cuyo nombre no sabia, cuyo destino ignoraba, se habia quedado grabada en mi memoria como misteriosa incrustacion. Yo conservaba un recuerdo de su semblante, recuerdo débil y apagado, y, sin embargo, es seguro que nunca la habia visto; no me habia hablado, y hubiera conocido su voz; no habia tenido tiempo de fijarme en las líneas características de su rostro, y, sin embargo, tambien creia saber lo que iba preocupando su juvenil pensamiento.

Púseme á pensar despues si seria pasajera ilusion de mis torpes sentidos, y hasta me creí soñando ó presa de alguna fatigosa pesadilla; mas el frio soplo del viento de la tarde azotó mi rostro, y adquirí la perfecta conviccion de mi normal estado.

Pensé entonces en algunos cuentos de Hoffman y Herkman Chatriau y comencé á atribuir á aquella mujer sobrehumanos recursos, y hasta sospeché que pudiera ser una muerta que abandonaba su tumba para inspirarme un amor desesperado.

Asaltado por esta última creencia, imaginaba que la veia marchar delante de mí, rápida como exhalacion

airosa y gallarda como la blanca figura de Elvira en *El Estudiante* de Espronceda.

Veíala llegar á la verja del cementerio, y atravesarla, con seguro paso, sin que fueran un obstáculo las gruesas barras de bronce que la formaban: creía verla cruzando oscuras alamedas limitadas á uno y otro lado por tristes sáuces, marchando siempre gallarda y airosa, pero notándose en sus movimientos la rigidez del cadáver, y que, por último, se aproximaba á una tumba, reclinábase sobre la fría losa y se sumergía en ella como sombra que atravesara la piedra.

En uno de estos instantes, y dentro del muro que defiende aquella triste mansion, oí de pronto una voz, fuerte y varonil, que entonaba melancólicamente esta canción:

Le dije al sepulturero
que levantara la losa
de la de los ojos negros.

mis sospechas convirtiéronse en convicción, y desde aquel momento me creí *enamorado de una muerta*.

III.

Apresuré el paso, y me dirigí resueltamente al comercio, en cuya puerta, una hora antes, había tenido aquel extraño encuentro.

Un muchacho, como de diez y seis años, hallábase cruzado de brazos dentro del mostrador; al verme, obedeciendo á una eterna táctica y sin notar lo desconcertado de mi semblante, dirigióse á mí acompañado de la indispensable pregunta: ¿qué desea usted, caballero?

Hícele lo mejor que pude mi respuesta, que era á la vez interrogación, exigiéndole nombre y señas de una mujer, casi una niña, que había estado allí no hacia una hora, á lo que el dependiente se encogió de hombros con frialdad, como queriendo decir: ¡Son tantas las que han venido!

—Bien, le dije: sus señas son... yo no sé sus señas; pero es una mujer extraordinariamente hermosa y de ojos profundamente negros.

—¡Ah! bostezó entonces mi interlocutor, debe ser la señorita doña María... linda muchacha, que vive en la calle de... mas no sé el número.

No descaba más; lancéme de allí rápido como hoja que lleva un torbellino, y casa por casa aporrée la puerta de todas las que había en la calle indicada, sin que persona alguna me diera razón del misterioso personaje. Solo una mujer anciana, bondadosa, díjome que en la calle había vivido tiempos atrás, una María joven y hermosa, pero que había muerto.

De nuevo emprendí camino á la ventura, más preocupado á cada contrariedad, causándome extraña confusión, si he de confesarlo, tantas coincidencias que encerraban para mí algo misterioso.

Indudablemente aquella mujer me había dicho algo, que yo no entendí por efecto de mi turbación extraordinaria; yo también había dirigido algunas palabras á la hermosa desconocida, palabras que no hicieron mover mis labios porque sólo vibraron en lo interior de mi alma.

Por otra parte yo sentía algo del que espera ó es esperado; no sé si la impresión que esperímenté al encontrarla era debida al recuerdo de haberla visto antes, ó si indicaba que la vería otra vez.

¡Quién sabe, si, quién sabe, de los infinitos seres que vemos con indiferencia cruzar á nuestro lado, cuál mañana podrá influir de una manera poderosa en nuestro destino! Regularmente la mujer que amamos nació cerca de nuestra cuna, pasó después mil veces por nuestro lado, sin ser vista y sin vernos, y al fin tuvo lugar lo que no debía ser antes ni después...

Tristemente caía la tarde: las tardes de noviembre son tristes y melancólicas como los recuerdos que despiertan en el alma. Algunas luces, brillando á distancia, indicaronme que ya se aproximaba la madre de las sombras. Maquinalmente había vuelto sobre mis pasos, y en el momento de hacer las anteriores reflexiones había atravesado la verja del cementerio. De improviso mis ojos vieron algo raro; quería dudarlo, quería apartarme sin mirar, y no podía. Delante de mí se elevaba un sencillito sepulcro iluminado á medias por la escasa luz que sobre él proyectaban dos pequeños farolillos pintados de negro.

A la débil claridad que arrojaban, confundida con los últimos vespertinos destellos de la tarde, veíase la tumba, blanca como la candidez de un alma, sombría al mismo tiempo como el interior de una conciencia culpable, y sobre la extensa lápida en letras de pálidos colores, un nombre: ¡María!

IV.

Han pasado algunos años y aún está indeleblemente grabado en mi memoria el recuerdo de aquella tarde. Siento en mí toda la inquietud inexplicable del que espera ó es esperado. Vagamente zumban en mis oídos palabras misteriosas de un divino lenguaje que entiendo pero no puedo concretar, y frecuentemente bajan y tiemblan en mis labios frases que en vano intento emitir con humanos sonidos. ¡Ah! sí; no ha sido un sueño. Aquella mujer me dijo algo que aún no me es dado descifrar, y yo le contesté algo que tengo casi olvidado: pero una voz me grita interiormente: «espera.»

¿Quién sabe á qué mundo pertenecía aquella mujer misteriosa?

¿Quién sabe si nos habremos dado cita para la eternidad?

GÁRLOS PEÑARANDA.

CARTA-EPITALAMIO.

Dedico, si bien hallé
por consonante un andamio,
esta carta-epitalamio
á Asensi (don Tomás de)

—
Persona á quien nunca elogio
lo mucho que ha merecido

afirma que estás metido
en el gran martirologio.

Y el pensamiento traidor
de preguntarme no cesa:
¿tan revuelta anda la mesa
que se casa el director?

¿Rio de amor venerando
en estos tiempos hallaste,
que ya la cerviz doblaste
tan-jóven y tan callando?

Me infunden tales noticias
alarmas que, hecho un cohombro,
ni puedo vencer mi asombro,
ni acierto á mandarte albricias.

¿La epístola de San Pablo
te leyeron, di, no es guasa?
Casa-miento, miento-casa,
no olvides este vocablo.

¿Quién dió á tu locura suelta?
¿Qué puedes hoy esperar
de tu casa y de tu hogar
si está *La Mesa Revuelta*?

¿Me dices que *ella* te adora?
Aunque tus versos alaben,
nunca sabrás lo que saben
estas muchachas de ahora.

Ellas, con mucho salero,
nos casan á traición,
y vuelcan tu corazón
como si fuera un tintero.

¿Pero qué males barrunto?
Esto es hecho, Tomás mío,
murió tu libre albedrío,
y el llanto sobre el difunto.

Si *ella* te ha jurado amor
y hoy tu corazón recobras,
bien que de todas tus obras
la presente es la peor,

Tus obras hay que admirar.
¿Te casaste? ¡Ole con ole!
Venga numerosa prole
tu apellido á perpetuar.

Y acuda, pues le interesa,
el público entusiasmado,
que ya es un hombre de estado
el director de LA MESA.

Ignoro cómo y con quién,
pero ponme desde ahora

á los piés de tu señora
y acepta mi parabien.

Mas antes, de un hombre libre
con remilgos de discreto,
recibirás en secreto
un consejo de calibre:

Si á tu prole conyugal
deseas una peseta,
al que te salga poeta
tirale pronto al canal.

JUAN TOMÁS SALVANY.

Barcelona 24 Julio 1875.

SONAR.

Duermo, y aunque mis párpados alzara
que cerrados é inmóviles están,
sólamente la sombra en torno mío
podría contemplar.

Y sin embargo veo, y á mi alma
llega la clara luz,
y tienen más encantos los colores
y el cielo es más azul.

Duermo, y aunque mi oído no durmiera
nada podría desde el lecho oír,
porque, como la sombra, está el silencio
en derredor de mí.

Y sin embargo escucho, y á mi alma
llega clara la voz
y de cuanto se escucha en esta vida
hallo más bello el son.

Será que en el rincón de la memoria
vaga el alma en silencio á revivir
cadáveres de ideas que una á una
el tiempo dejó allí.

Lo que miro durmiendo, á mis pupilas
nunca lo ví asomar:
lo que durmiendo escucho, á mis oídos
no ha llamado jamás.

¡Sentidos! centinelas de la cárcel
en que la vida al alma encadenó
si cuando el sueño humilla vuestra fuerza
veo y oigo mejor,

Quando aquel sueño eterno de la muerte
me dé la libertad,
cuando los centinelas sean polvo
¡Cuánto podré soñar!

LUIS DE CHARLES.

Julio, 13, 75.

A MI BUEN AMIGO FERNANDO DE SOLA

LUZ Y SOMBRA.

¿Por qué cuando despliega
la noche sus crespones
y sume los espacios

en densa oscuridad
recógense las aves,
suspenden sus canciones
y solo queda al mundo
silencio y soledad?

—
¿Por qué cuando la aurora
la noche desvanece,
y estingue de sus astros
el trémulo fulgor,
la flor abre su cáliz,
su esencia nos ofrece,
y entona sus cantares
el casto rai señor?

—
La noche es la tristeza,
La aurora es la ventura,
las sombras los pesares,
la luz es el placer.
¿Por qué existen las sombras
si causan desventuras?
La dicha no se alcanza
sin antes padecer.

TOMÁS MONTEJO.

Hemos tenido el gusto de recibir en nuestra redacción la *Revista de Lérida*, segunda época de *El Cronicon Leridense*, que se publica todos los domingos. Contiene el número 22 de dicho periódico, varios artículos y una poesía muy buenos, sueltos, crónica local y efemérides leridanas. Aceptamos con el mayor placer el cambio que nuestro colega nos propone.

ESPECTÁCULOS.

TEATRO Y CIRCO DEL PRÍNCIPE ALFONSO. Se sabe que un nuevo abono—estos días se ha hecho abrir—para cincuenta funciones—con las cuales hasta fin—de Setiembre ver podremos—grandes prodigios allí.—Los actores y coristas—mucho se sabrán lucir—que además de las zarzuelas—ya conocidas aquí—se dará *La vuelta al mundo*—sin movernos de Madrid.

JARDIN DE LA ALHAMBRA. Como siempre, muy buena música, muy bien interpretada y perfectamente dirigida.

JARDIN DEL BUEN RETIRO. Thomas, Mendelssohn, Guiraud, Donizetti, Baull, Grajal,—una pieza de Meyerbeer—arreglada por Arban,—de estos autores han sido—del concierto instrumental—y vocal todas las obras—que allí hemos ido á admirar.—Unense á tales bellezas—de la parte musical—(que segun es la costumbre—pocos vamos á escuchar)—una inmensa concurrencia—y un delicioso local.

Agrada más cada noche—la intencionada zarzuela,—música del maestro Aceves—letra de Ricardo Vega,—de los *Cuatro sacristanes*—que es el nombre que esta lleva.—Tiene gracia, eso no hay duda;—es la mu-

sica muy bella—se canta el *Ay! mutilá*,—unido á la *Marsellesa*—y no hay quien al verla un día—á verla otra vez no vuelva.

CIRCO DE PRICE.—Hace pocas noches hicieron su debut en él las dos simpáticas niñas Anna y Alejandrina Whinling, discípulas del reputado artista español Sr. Canadas, ejecutando el doble trapecio. Al terminar sus ejercicios fueron muy aplaudidas; el público las obsequió con flores y dulces y las hizo salir hasta tres veces. También obtienen grandes aplausos siempre que trabajan Miss Emily y Mr. Joseph Melillo, artistas ecuestres.

CHARADA.

A la orilla de un *prima y tercera*
una tarde de mayo la ví,
bien vestida, con larga amazona
que ceñía su talle gentil.
Su caballo á lo lejos estaba,
ella dijo: ¿A quién buscas, á mí?
—A *segunda*, la dije confuso
y otras frases no pude añadir.
Tercia y prima ocultaba su cuello
que era blanco cual lo es el mármol;
ví á sus piés arrojado *mi todo*,
y *mi todo* al momento la dí.
De *segunda y primera* unas plantas
solo pudo *mi afán* descubrir,
que una rosa pensaba ofrecerla
y una rosa no hallé por allí.

SOLUCION A LA CHARADA DEL NUMERO ANTERIOR.
CANTARES.

ADVERTENCIA.

Rogamos á los señores suscritores de provincias y del extranjero que no nos hayan remitido todavía el importe de la suscripción, se sirvan enviarlo á esta Administración á la mayor brevedad posible, si no quieren sufrir retraso en el recibo del periódico.

PÍLDORAS HOLLOWAY.

Millones de personas, en todas partes del mundo, recomiendan dichas píldoras como el mejor restaurativo de la salud que se conoce. Ellas curan todas las afecciones del corazón, del hígado, del estómago, de los riñones y de los intestinos y remueven la acrimonia, la flatulencia y la cardialgia, expulsando de la sangre toda impureza, fortaleciendo completamente el sistema nervioso y dando un tono saludable á la organización en general.

UNGUENTO HOLLOWAY.

El ungüento cura pronto y radicalmente las heridas antiguas, las llagas y las úlceras (aun cuando cuenten veinte años de existencia), y es un específico infalible contra las enfermedades cutáneas, por malignas que sean, tales como la lepra, el escorbuto, la sarna y todas las demás afecciones de la piel. Cada caja de Píldoras y bote de ungüento van acompañados de amplias instrucciones para el uso del medicamento respectivo, pudiendo obtenerse estas instrucciones impresas en todas las lenguas conocidas.

Las preparaciones Holloway se hallan de venta en todas las principales boticas y droguerías del mundo, y en Londres, 533, Oxford, Street, en el establecimiento central del profesor Holloway.

POR QUIROS IMPRESOR.—ABADES, 10.